

La Cultura del Renacimiento en Italia un siglo y medio después: reflexiones en torno a una obra clásica

Por Nuria Corral Sánchez*

1. Introducción

Somos conscientes de que cuando nos disponemos a interpretar la visión decimonónica de Jacob Burckhardt sobre el Renacimiento estamos observando la novela dentro de la novela o, si se quiere, con un símil más artístico que sin duda Burckhardt hubiera preferido, el cuadro dentro del cuadro. Por todo esto no debemos tener solo presentes ciertas consideraciones previas acerca del Renacimiento italiano, sino también del Romanticismo germanófono del siglo XIX. Aunque esto entrañe sus dificultades, intentaremos ofrecer una perspectiva global teniendo en cuenta ambos aspectos para lograr una mejor comprensión de la obra de Burckhardt, con sus limitaciones y sus bondades. Los historiadores de la cultura de este periodo estudiaban todas las artes y sus vínculos entre sí, lo que les diferenciaba de los especialistas en las distintas disciplinas, que no se ocupaban de una visión global de la cultura. En el ámbito académico de la Prusia decimonónica, por ejemplo, preponderaba la historia política, mientras que la cultural se desestimaba.[1] P. Burke enmarca la obra de Burckhardt en una etapa de la historia cultural que denomina “clásica” y que abarcaría desde comienzos del siglo XIX hasta mediados del siglo XX.[2]

La razón de este ensayo radica en la gran influencia que *La cultura del Renacimiento en Italia* ha tenido en la historia de la cultura en general y en el

pensamiento Occidental en particular,[3] construyendo un concepto de “Renacimiento” que todavía a día de hoy nos resulta familiar. Por estos motivos, el acercamiento a una obra tan clásica e importante en lo que al estudio del Renacimiento italiano se refiere nos parece fundamental.

El presente trabajo se divide en tres bloques. El primero incluye algunos apuntes preliminares sobre la biografía y las ideas de Jacob Burckhardt con el objetivo de que estas notas ayuden a desentrañar y explicar el contenido de la obra. Nuestras reflexiones sobre éste ocupan la segunda parte, que sobresale por extensión y por su detalle en el análisis. En el tercer bloque adquirimos perspectiva y nos volvemos a mirar *La cultura del Renacimiento en Italia* desde cierta distancia, con el objetivo de recapitular algunas de las reflexiones ya apuntadas y tratar de comprender las tesis de Burckhardt de manera contrastada. En este apartado valoramos también la obra como un todo excepcional que, sin embargo, no puede dejar de ser entendida en el contexto del siglo XIX. Por último hemos añadido, a modo de bibliografía comentada, dos títulos que nos ayudan no solo a adquirir una visión global más contrastada del Renacimiento, sino también a entender cómo van evolucionando en la historia cultural a lo largo del tiempo las interpretaciones acerca de un tema concreto.

2. El continente y el contenido: consideraciones sobre Jacob Burckhardt

Parece evidente que para lograr comprender *La cultura del Renacimiento en Italia* en toda su magnitud es preciso detenernos primero con algunas consideraciones sobre la vida y el pensamiento de su autor, pues, como el propio Burckhardt reconocía en el primer párrafo de su obra, teniendo en cuenta que el continente determina el contenido:

Los elementos de investigación preliminar que han servido de base al presente trabajo, en manos de otro hubieran podido fácilmente, no solo elaborarse y tratarse de modo distinto, sino producir resultados esencialmente distintos también.[4]

Un día de mayo de 1818 Jacob Burckhardt nació en la germanófona ciudad suiza de Basilea, ciudad en la que también habría de morir en 1897, a los setenta y nueve años, y que marcaría toda su existencia.[5] Si bien su padre lo animó a estudiar Teología en Basilea, donde fue testigo del debate entre los teólogos defensores de la exégesis bíblica tradicional y los que deseaban hacer análisis críticos de las Escrituras utilizando la historia. Burckhardt se mostró más cercano a estos últimos, así como a Alexandre Vinet, que propugnaba la separación entre Iglesia y Estado. Viajó a Italia por primera vez en 1838, quedando abrumado por la belleza de aquellos lugares, y un año después, confuso ante las discusiones escolásticas que tenían lugar en la universidad de Basilea, abandonó los estudios de Teología. Durante nueve meses permaneció en el cantón de Neuchâtel, francófono, periodo tras el cual partió a Alemania para estudiar Historia en Bonn y Berlín. En esos momentos, Burckhardt pasó a la “interpretación terapéutica” desde la “verdad revelada” de su pensamiento anterior, influido por la Teología. Entre sus profesores alemanes, quizá los que más condicionaron su pensamiento fueron Karl Ritter, August Boeckh, Johann Gustav Droysen y Franz Kugler. Del primero de estos, Burckhardt aprendió a valorar las conexiones entre la historia y el espacio físico, mientras que, a partir de los trabajos de Boeckh y Droysen, parece que comenzó a interesarse por la Historia Antigua de Grecia y Asia Menor. Sin embargo, habría sido Kugler quien dejara una impronta más fuerte en el joven Burckhardt, rechazando las ideas hegelianas y vindicando la importancia tanto del individuo como de la Historia del Arte como disciplina en sí misma, que, más que describir las obras

de arte, debía contextualizarlas. En 1843 viajó a Francia y tres años más tarde volvió a Italia, que se convirtió en el “escenario” propicio en el desarrollar sus conceptos. No obstante, hacia 1844, Burckhardt ya defendía en sus primeras lecciones de cátedra la contraposición en el plano artístico entre Renacimiento y Edad Media, entre Italia y norte de Europa, y por entonces acuñó la expresión “hombre soberano” para referirse a Murillo, a quien consideraba un hombre de gran potencia en medio de la decadencia de su entorno.

Era Basilea una ciudad replegada sobre sí misma, poco progresista, de características eminentemente urbanas -debido a la división cantonal entre la comarca y la capital- y dirigida por un Consejo que incluía a las élites burguesas tradicionales. Con la división y la difícil situación de la ciudad, privada por lo tanto de los recursos comarcales, se acentuó el orgullo basiliense hacia su pasado, marcado por las visitas de Erasmo o Eneas Silvio. La carrera de Burckhardt como profesor universitario se desarrolló únicamente allí, desde 1844 hasta 1893, a pesar de la práctica inexistencia de alumnos –motivada tanto por la división del cantón, como por la creación de universidades- y de las ofertas de otras universidades, entre las que se encontraban las de Berlín y Heidelberg, una vez que se hizo conocido internacionalmente. Sin embargo, pasó algunos periodos fuera de su ciudad, por ejemplo, estuvo en Italia durante dos años y ejerció la docencia en Zúrich entre 1854 y 1858. En definitiva, durante toda su actividad laboral, Burckhardt convirtió las aulas

en el escenario de su particular lucha por conservar la cultura aristocrática de la Vieja Europa. Esa misión no podía ser cumplida en mejor lugar que en su propia querida ciudad, que también estaba amenazada por la decadencia moderna.[6]

En efecto, a pesar de que en Bonn se acercó brevemente al liberalismo decimonónico, Burckhardt en el futuro se caracterizaría políticamente como

conservador, mostrándose en contra de las revoluciones “burguesas” por el temor a que se repitieran los sucesos de 1789. Su rechazo a las políticas liberales y a la opresión de la religión fue manifiesto, así como su reivindicación de la cultura de la “Vieja Europa”, la cual consideraba perdida en su siglo. Quizá esta postura política pueda explicarse también por la procedencia de Burckhardt, ya que a finales del siglo XVII su propia familia, que formaba parte del gobierno de Basilea, fue víctima de un motín popular. Asimismo, no olvidemos tampoco que Burckhardt pertenecía a una familia aristocrática y que su tío había llegado a ser virrey de Sicilia. Por otra parte, la venta a bajo precio de piezas de la universidad y de la catedral, así como la destrucción del patrimonio histórico-artístico por parte del nuevo cantón comarcal influyeron también en la consideración de Burckhardt sobre las revoluciones. Podría decirse que las convulsas situaciones políticas que le tocó vivir tanto en la Confederación Helvética como en los Estados germánicos lo llevaron a enfocar su atención en Italia, hasta el punto de componer el *Cicerone*, una especie de guía de viaje sobre esta. Pese a esto, Burckhardt se convirtió en editor del periódico de Basilea *Basler Zeitung* y ocupando este cargo vivió la Guerra Civil suiza, originada por motivos religiosos, que derivó en la Constitución Federal liberal de 1848.

Ligada a su conservadurismo encontraríamos la consideración del pasado como un ente cerrado, desprovisto de la idea de progreso, criticado por Benedetto Croce, y también su posición en la élite de Basilea, una ciudad patricia, de la que se consideraba “un ciudadano de utilidad”. Por otra parte, la filosofía del cínico egoísmo de Schopenhauer, que había encontrado acogida desde 1848 entre la burguesía alemana desencantada con el liberalismo - ignorando así la preocupación social y respetando la estética romántica-, también afectó a la definición de la historia por parte de Burckhardt, que no la consideraba esencialmente científica por su tratamiento de lo particular en

detrimento de lo general. A raíz de esto, Burckhardt constituiría su método en base a la elaboración de investigaciones en torno a diversas ideas, negando la existencia en la historia de fines establecidos previamente y reivindicando la interpretación subjetiva del historiador frente al positivismo.[7] Juzgaba además que la Europa de su época estaba trastornada y observaba con pesimismo el futuro cultural de esta, que, en su opinión, solo se salvaría tomando el pasado como guía del presente, por lo que el objetivo de la historia y de los historiadores debía ser la educación del ciudadano. En cuanto a su pensamiento, a pesar de que Burckhardt siempre se manifestó contrario a Hegel, Ernst Gombrich[8] lo sitúa en el marco del pensamiento hegeliano. Gombrich defiende que el joven Burckhardt aceptó sin duda la idea de *Zeitgeist* y, al igual que Hegel, entendía que el nuevo espíritu renacentista entraba en conflicto directo con la retrógrada Iglesia. Además, dicho autor sostiene que ambos compartían ciertas oposiciones de categorías de pensamiento y reflexionaban sobre la “evolución” de los espíritus nacionales tratándola como un proceso inevitable.

Las grandes obras de Burckhardt tratan sobre momentos de inflexión en la historia. En 1853 publica *La época de Constantino el Grande*, donde recoge la transición al cristianismo en Roma, mientras que en *La cultura del Renacimiento en Italia* estudia el comienzo del mundo moderno.[9] De esta manera vemos que, además del Renacimiento, su producción intelectual abarcó otras temáticas, como la Grecia clásica, el cristianismo antiguo e incluso el mundo de Rubens, ciñéndose en casi todo momento a los aspectos culturales.[10]

Por otra parte, cabe destacar que, según Ute Daniel,[11] la figura de Burckhardt es excepcional dentro del ámbito de la historiografía universitaria del momento, de la que se alejaba tanto por su interés específico en la historia del arte como por el rechazo de dos elementos fundamentales en aquélla, el Estado, que consideraba un mal necesario, y el progreso continuado de la

historia, idea que veía unida a prejuicios y anacronismos. Por lo tanto, el basiliense rechazaba los enfoques causales y la consideración del pasado como algo opuesto al momento presente, al mismo tiempo que vindicaba la interacción de “Estado”, “Religión” y “Cultura” como los tres elementos principales en los que se sustentaba el desarrollo histórico.[12] De esta manera, Burckhardt contemplaba el pasado como un continuo y la historia, como un método para entender al ser humano.

3. Análisis y reflexiones en torno a una obra clásica

La interpretación burckhardtiana de la historia como la yuxtaposición e interrelación de los tres elementos que acabamos de mencionar más arriba, Estado, religión y cultura, permite entender a la perfección la estructura de *La cultura del Renacimiento en Italia*. En esta magna obra, las consideraciones sobre el Estado ocupan la primera parte y las reflexiones acerca de la religión, la última de ellas, mientras que la cultura propiamente dicha se encuentra en el ecuador del trabajo, comprendiendo las cuatro partes restantes. Con todo, entendemos que dos de estas partes dedicadas a la cultura el eje de las tesis de Burckhardt, ya que representan un continuo durante toda la obra: la parte segunda, denominada “Desarrollo del individuo” y la tercera, “La resurrección del mundo antiguo”. En ambas se desarrollan ideas clave que sirven de base para las demás explicaciones del Renacimiento tal como Burckhardt las entiende, por lo que vamos a centrar primeramente nuestra atención en ellas.

La importancia del individuo es clave en el Romanticismo decimonónico, pero en el ámbito germánico adquirió fuerza por la idea de la *Bildung* individualista conjugada al mismo tiempo con una actitud universalista.[13] Como hijo de su tiempo, Burckhardt no puede escapar a la cultura que le rodea ni evitar que este individualismo contemporáneo deje su

impronta en sus estudios sobre el Renacimiento. De esta manera, considera que el “hombre moderno” por excelencia nace en la Italia renacentista acompañado del auge de lo privado: “el hombre privado, políticamente indiferente, con sus ocupaciones [...] surgió por vez primera, con carácter ya rotundamente delineado, en las tiranías del s. XIV”,[14] aunque asegura que es imposible aportar testimonios documentales de ello. Sin embargo, este desarrollo del individualismo se dio tanto en las tiranías como en las repúblicas, algo que Burckhardt argumenta deslizándose en una cierta contradicción, pues afirma que la “impotencia política” y la “ausencia de lucha entre los partidos”[15] de la tiranía fomentaba dicho desarrollo, al mismo tiempo que, en las repúblicas, las rivalidades entre las distintas facciones proporcionaban una atmósfera propicia para el mismo. A partir de la lectura de Burckhardt se podría proponer que éste considera varios niveles de exteriorización del individualismo. Por una parte, en el ámbito sociopolítico, relaciona esta preeminencia del individuo privado con la igualdad de “clases”[16] en Italia, en la que el origen familiar ya no se tendría en cuenta, en aras de la capacidad personal de cada individuo. En segundo lugar, Burckhardt trata el concepto de “gloria”, que, según él, impregna la actitud de todos los individuos renacentistas y sus creaciones intelectuales desde que apareciera ya en los escritos de Dante y Petrarca. Vinculado a la gloria apareció el culto a las casas natales y a las tumbas de personajes reputados, modernos o antiguos, que adquieren la consideración de héroes. De esta manera, los poetas italianos, que se contemplan a sí mismos como los dispensadores de gloria, inmortalidad u olvido, construyen una serie de personajes heroicos, mujeres y hombres de la “gloria local”,[17] cuyas vidas narran bajo la influencia de los clásicos. Otro punto de exteriorización del individuo se encontraría en la burla y el sarcasmo moderno, armas que cobraron importancia en cuanto aquel se convertía en víctima. Más adelante trataremos la importancia del individualismo en el plano cultural, en cuanto se

conjugó con la influencia de la Antigüedad, pero baste ahora destacar la incidencia de estos conceptos de individuo y gloria en la música –ya que surgieron celebridades caracterizadas por su virtuosismo–, así como la creación de lo que denomina el “perfecto hombre de mundo”, es decir, la figura ideal del cortesano.

A lo largo de la primera parte de su obra, la dedicada al Estado, Burckhardt trata, a modo de oposición, las tiranías y lo que considera contrario a ellas, tanto sus enemigos internos, como las repúblicas. Es innegable que dedica mucha más atención a las primeras, sobre las que hace dos distinciones, una relativa a su cronología y otra, a su preponderancia. Así pues, la división temporal le permite diferenciar entre las tiranías del siglo XIV, caracterizadas por el poder cuasi absoluto del príncipe y su ilegitimidad de origen, y las del siglo XV, más firmes, en las que los *condottieri* habían logrado más autonomía, imponiéndose un pragmatismo calculador. Sin embargo, Burckhardt no se abstiene a hacer juicios morales de ambos tipos de tiranías, unas veces calificadas como “lamentables”[18] y en otras ocasiones denominadas “crímenes”. [19] Por otra parte, la distinción según el poder o la importancia de las dinastías lleva a Burckhardt a tratar dos tipos de tiranías, grandes o pequeñas. Entre las primeras destaca la de los Montefeltro en Urbino, entre otras. La figura de Federico de Urbino es especialmente bien valorada por Burckhardt, asegurando más tarde que era “perfecto como príncipe, como soldado y como hombre”. [20] Sostiene además que se trataba un hombre querido por su pueblo, culto, amable y cercano. Era, en definitiva la “luz de Italia”. [21] En las tiranías hallamos otro modo de exteriorización del individualismo, aspecto que Burckhardt se encarga de subrayar continuamente de manera vinculada a la ilegitimidad de los tiranos. Aunque es una cuestión que no aparece aclarada explícitamente, en este punto podemos referirnos a la concepción de legitimidad: los tiranos carecían de legitimidad de origen, por lo

que se convertía en una necesidad el obtener la legitimidad *de facto*, que, además, está intrínsecamente ligada al individuo en tanto en cuanto solo a él le corresponde ganarla por medio de sus actuaciones. Podríamos decir que, por consiguiente, el tirano obtenía la susodicha legitimidad a partir de la gloria, alimentada por artistas y por los ritos civiles. Esto entronca directamente con el capítulo dedicado a la política exterior, puesto que el tirano, en su intento de autojustificarse y de mantenerse en el poder, necesitaba de una dinámica política exterior que asegurara su propio crecimiento, hasta el punto de considerarse la guerra “como obra de arte”, [22] técnicamente mejorada y afectada también por el individualismo, ya que aparecía abierta a todos los hombres y en ella ya no se valoraría la decisión de Dios, sino el triunfo individual del guerrero. En el siglo XV, la prevalencia del individuo se acentúa, manifestándose no solo en el frecuente acceso al poder de hijos bastardos, sino también en la figura del *condottiere*. Hasta que, con la muerte de Giacomo Piccinino, se llegó a un *statu quo* político, el cual, sin embargo, veía brotar nuevos *condottieri* a la mínima señal de problemas.

Como contraposición a las tiranías, Burckhardt sitúa por un lado a sus detractores y por otro a las repúblicas. La causa principal de la crítica a la tiranía nuestro autor la encuentra una vez más en el desarrollo del individuo, que se encontraba irremediabilmente limitado por el propio individualismo del tirano. Con todo, esta oposición al tirano también poseía connotaciones individualistas, pues era íntima y no colectiva. En este ámbito político, Burckhardt realiza una aseveración que repetirá más tarde en distintos lugares de la obra: lo más conveniente para las ciudades italianas habría sido que se aliaran en una confederación. La explicación sobre la imposibilidad de esta recurrente hipótesis hemos de encontrarla en el hecho de que las ciudades con más poder, que se creían autónomas y autosuficientes, adquirieron características propias y peculiares, constituyendo así un campo de cultivo

propicio para las tiranías, ya que las luchas entre facciones despertaban el deseo de un gobierno firme y los mercenarios auxiliaban a los tiranos potenciales si eran retribuidos debidamente. De esta manera, la tiranía se terminaba imponiendo no solo por la propicia situación interna, sino también por el desgaste de la oposición, acabando con la libertad de las ciudades. Dos de las ciudades que permanecieron independientes fueron Venecia y Florencia, ambas repúblicas, pero, para Burckhardt, contrapuestas en cuanto a su actitud frente a la política. La consideración de Burckhardt especialmente acerca de Florencia es siempre muy positiva, ya que, como veremos, la contempla como el principal núcleo renacentista, es decir, la máxima representante del Renacimiento como tal entre todas las demás ciudades italianas y, por lo tanto, culturalmente superior a Venecia, como evidencian las figuras de Dante, los Villani y Maquiavelo, este último muy elogiado por Burckhardt. El papado se diferenciaba del resto de los estados italianos, a ojos de Burckhardt, por su debilidad política, que obligaba a los papas a utilizar el prestigio de su poder espiritual y acentuaba sus problemas. La inseguridad pareció resolverse con Alejandro VI, ya que los “violentos e irracionales” Borgia, que representaban el culmen de la corrupción en Roma, consiguieron someter al Estado bajo “terribles” medios.[23] Además, a ojos de Burckhardt el mayor peligro que se cernía sobre el Pontificado lo constituían tanto Alejandro VI y como su hijo César, quien, a la muerte del primero, no habría dudado en secularizar el Estado para mantener su soberanía en él. Aunque sitúa el inicio de la decadencia final del Estado en la marcha sobre la Roma de 1527, sostiene que paradójicamente la Reforma de Lutero fue su salvación, puesto que, sin ella, el Estado Pontificio habría terminado en manos seculares.

El otro pilar clave del Renacimiento para Burckhardt es la recuperación del mundo antiguo, al que dedica un capítulo que, como ya hemos señalado, pertenece a la parte de la obra consagrada a la cultura. El propio Burckhardt

reconoce la parcialidad de la denominación “Renacimiento”, pero no duda en ensalzar a los italianos, según él, como los portadores e impulsores de un espíritu moderno –por contraposición a lo medieval- construido a partir de lo clásico. Por otra parte, en su condición de herederos de Roma, los italianos, y muy especialmente los romanos, tomaron una elevada consideración de sí mismos y comenzaron a venerar las ruinas de Roma en todo el territorio italiano, fomentando “excavaciones arqueológicas”[24] que influyeron decisivamente en el arte, como en el paradigmático caso de Miguel Ángel y el Laocoonte.[25] Las reflexiones de Burckhardt acerca de las emociones que entre los italianos despertaban las ruinas que ellos mismos veneraban están en consonancia con la idea de la “ruina” en el siglo XIX como romántica reminiscencia del pasado. Esta cultura antigua requería la existencia de intermediarios para difundirse entre la sociedad, papel que ocuparon los humanistas –denominados por Burckhardt como “poetas-filólogos”,[26] entendemos que debido a su condición de artistas y de amantes de las letras, en el sentido etimológico de *φίλος* y *λόγος* – con gran esplendor entre los siglos XIV y XV, mientras que en la centuria siguiente se produjo su descrédito, como un síntoma contrarreformista, debido a su “maligna soberbia”, sus “vergonzosos desenfrenos” y su “incredulidad”. [27] Vemos por consiguiente cómo esta “reviviscencia” de lo clásico afecta, yuxtapuesta al individualismo, todos los temas tratados por Burckhardt, ya se refieran a la propia cultura, al Estado o a la religión. Respecto al Estado, hallamos príncipes dedicados al mecenazgo del humanista, que en el caso de Florencia adquirieron importancia a comienzos del siglo XV con la figura de los Médici. Desde el punto de vista político, Burckhardt también se preocupa de destacar cómo en las actitudes se seguían ejemplos eminentemente clásicos. Así sucede con la política de los Visconti en Milán, a los que compara con emperadores romanos, o con el tiranicidio, que recordaba a las conspiraciones de Catilina, Bruto o Judas.[28] En

definitiva, con esta influencia se produjo una latinización general de la cultura, pero Burckhardt distingue la asimilación real de ésta y la simple participación en una moda. Asimismo, si bien señala que el latín era considerado la única lengua digna de literatura, valora positivamente que las creaciones italianas se dieran también en toscano.[29]

Por otra parte, podemos distinguir dos niveles en la incidencia clásica sobre el arte y la literatura renacentistas, ya que, aunque Burckhardt solo trata cada una de las características culturales del momento de manera separada, encontramos aspectos en común que las unen o diferencian, según sean relativas a géneros literarios o a temas artístico-literarios. En cuanto a los géneros en los que, según Burckhardt, el Renacimiento recibió una fuerte influencia de la Antigüedad, encontraríamos la epistolografía, la oratoria, el tratado, la poesía, la historiografía y la biografía, aunque aquí nos detendremos en las dos últimas. Por lo que se refiere a la historiografía, podríamos considerar a los historiadores florentinos del siglo XVI como una generación, ya que Burckhardt sostiene que en sus escritos –en italiano– mostraban influencia de la Antigüedad y del humanismo, pero no eran humanistas, sino “ciudadanos que escriben para ciudadanos”. [30] Por último, en la biografía, los italianos, que habían evolucionado hacia el individualismo, se distinguieron por buscar los rasgos característicos de la personalidad para ensalzar la gloria. En el siglo XIV aparecieron así biografías de personas célebres, al igual que autobiografías. Burckhardt sostiene que algunos de estos hombres eran el “reflejo” de todo lo que les rodeaba, [31] es decir, tiene en cuenta el contexto para entender sus personalidades, algo que debe valorarse positivamente como una característica de la historia cultural contemporánea. El segundo nivel de la incidencia clásica sobre el arte y la literatura renacentistas corresponde, como hemos indicado, a los temas, unidos a lo que Burckhardt considera “el descubrimiento del mundo y del hombre”. [32] En efecto, Burckhardt sostiene que el descubrimiento de la

naturaleza por los italianos se realizó a través del paisaje. Con todo, critica que esta valorización del paisaje se pudiera equiparar con el realismo de los alemanes del siglo XVI, acentuando la importancia de los italianos renacentista en tanto en cuanto se trataba de poetas que, acostumbrados a la mitología y al idealismo, se adelantaron, representando voluntariamente la realidad, mientras que los alemanes vivían en el realismo.

El tercero de los grandes bloques en que podíamos dividir la obra de Burckhardt es, como ya hemos señalado, la religión, donde el individualismo y la influencia de lo clásico se conjugan con la herencia cristiana. Por otra parte, como ahora veremos, la “fantasía”, el imaginario ético-religioso, se convierte en un elemento recurrente de esta parte. En este punto, Burckhardt realiza una serie de observaciones sobre la moralidad renacentista, limitadas sobre todo a las clases superiores, para lo que reconoce que hay mayor cantidad de información que en el caso del resto de Europa. Se pregunta si el italiano poseía en el siglo XIII las características renacentistas del italiano “moderno”, pero afirma que no quiere hacer generalizaciones ni dejarse llevar por las apariencias, puesto que “el pueblo más enfermo, en apariencia, puede estar cercano a la salud, y un pueblo aparentemente saludable puede llevar un germen mortal tremendamente desarrollado en la entraña”.^[33] El siglo XVI aparece representado como una especie de “canto del cisne”, puesto que el auge renacentista coincide, a ojos de Burckhardt, con el inicio de su decadencia, acompañada de una grave crisis moral. Enfrenta la fantasía a la moral del italiano, puesto que lo conduce al juego de azar y, sobre todo, a la venganza, sentida ésta como derecho intrínseco del individuo. La inmoralidad también llevaba a mantener relaciones sexuales o sentimentales ilícitas, por lo que afectaba al plano familiar, pero Burckhardt descarta esto como causa de la crisis moral del *Cinquecento*. Paralelamente, encuentra contradicciones en la moral erótica, ya que, mientras que en novelas y comedias el amor se identifica con el

goce, en las poesías líricas y los diálogos aflora una concepción espiritual platónica. Dichas contradicciones se concilian entonces en el hombre moderno, que por ello se convierte en el “microcosmos” que no pudo ser el hombre medieval.[34] Por otra parte, la fantasía también provocaba que el italiano quedara dominado por la vehemencia, siendo habituales las acciones violentas. Al respecto, Burckhardt destaca el bandolerismo y la actitud hostil de los rústicos hacia la gente foránea, siendo esto más acusado en la zona de Nápoles. No deja de resultarnos significativo que Burckhardt se esfuerce por enfatizar la peculiaridad napolitana en este aspecto, teniendo en cuenta las valoraciones que hace acerca de la dinastía aragonesa de Nápoles en otros apartados, como ya expondremos. En este sentido, se vincula el asesinato destinado a la consecución de poder a los mismos aragoneses o a César Borgia, mientras que destaca que en Florencia estas violencias eran menos frecuentes. El resumen de todas estas características, así como de las que venimos comentando hasta ahora, lo encontramos en la definición del italiano como culmen del “individualismo desarrollado”:[35] éste se desvincula del Estado, aplica la justicia de manera personal y egoísta, se mueve por la violencia-venganza y dirige su amor a la mujer del prójimo. Aunque en ningún momento especifica que la cultura del Renacimiento fuera una cuestión de hombres, sino que solo se limita a considerarla general, sin distinción de clases, Burckhardt confirma aquí una perspectiva esencialmente masculina, puesto que la mujer renacentista, aunque él mismo sostenga en otras ocasiones que se equipara al hombre, adquiere un rol pasivo.

Desde el punto de vista religioso, Burckhardt caracteriza a los italianos por su incredulidad. Se pregunta también aquí por qué Italia no reaccionó religiosamente desarrollando una reforma similar a la luterana, que, además, habría de llegar “demasiado tarde”, cuando los españoles se habían “afianzado lo suficiente para aplastarlo todo”.[36] En un intento por estrechar aún más el

lazo entre Italia y la Reforma, Burckhardt defiende que las obras que, entre los siglos XV y XVI, expresaban una religiosidad viva y directa, podrían haber sido escritas por protestantes. Con todo, aprecia un intento de reforma eclesiástica en Savonarola y, quizá viendo en él un posible precedente de Lutero, le atribuye una “constitución semidemocrática”[37] florentina. La conjunción de la religión y el individualismo convierte a la primera, según Burckhardt, en “subjetiva”, en consonancia con la cierta tolerancia que, por la cercanía de lo musulmán y bizantino, caracterizaba a Italia, llegando en algunos casos incluso a hacer a los hombres insensibles al dogma católico.

El terreno de la superstición da pie a Burckhardt para censurar de manera abierta la astrología, la cual considera “lamentable”, hasta el punto de que, al referirse a los críticos con esta disciplina, los “capaces aún de pensar”, como Petrarca o Pico della Mirandola, se expresa de la siguiente forma: “tanto más de agradecer es la lucha que el luminoso espíritu italiano emprendió contra semejante demencia”.[38] Muy a su pesar, sostiene que se encontraba ampliamente difundida, pero, a la vez, manifiesta su convencimiento en que, si el ímpetu renacentista hubiera continuado sin interrupción en Italia, habría acabado con “semejantes insensateces fantásticas”.[39] En estas páginas, Burckhardt también dedica espacio a otro tipo de supersticiones, como la magia o los seres demoníacos, tanto en su vertiente culta y oficial como en la popular. Al respecto, sostiene que cuando la hechicería comenzó a disminuir en Italia, a principios del siglo XVI, no aumentó la fe religiosa ni se afianzó la moral, como tampoco había ocurrido con la decadencia de la astrología, sino que solo quedó un el fatalismo.

No obstante, si deseamos obtener una perspectiva global de *La cultura del Renacimiento en Italia* debemos alejarnos un poco de este análisis pormenorizado y trazar unas líneas generales más destacadas en la obra. Burckhardt ensalza el tándem formado por Italia y el Renacimiento como contraposición al resto de

Europa y a la Edad Media, respectivamente. Así, encontramos que Italia es descrita prácticamente en todo momento con características positivas, fruto de un prejuicio que lleva al autor a considerarla el origen directo de su época.

Burckhardt, en tanto en cuanto enfrenta el Renacimiento con la Edad Media, interpreta la transición entre ambos periodos de una forma extremadamente brusca. Tras leer *La cultura del Renacimiento en Italia*, la impresión general que se puede extraer es que lo renacentista fue una reacción a lo medieval en todos los aspectos. Podríamos criticar cada una de las afirmaciones sesgadas acerca de la Edad Media que Burckhardt ofrece para ensalzar aún más la cultura de los siglos XIV al XVI, pero, para no extendernos demasiado, solo nos limitaremos a algunos ejemplos. En el ámbito político, se contraponen el dinamismo de las repúblicas italianas con el “estatismo” feudal que, sin embargo, no fue tal, pues, como sostuvo R. Brenner, la dinámica del feudalismo condicionó la evolución de los distintos Estados.[40] Algo similar ocurre con la contraposición entre Italia y el resto de Europa, simplificado a menudo como “el norte”. En este sentido, el desarrollo cultural y los aspectos positivos de este periodo solo aparecen vinculados a la zona italiana, por lo que de todo esto se extrae que su principal tesis es que el Renacimiento única y exclusivamente se dio en Italia y que sería mucho después cuando sus avances se difundieran por todo el continente.

Si abundamos un poco en esta especificidad italiana que la diferenciaba del resto de Europa, podemos distinguir aspectos políticos y aspectos socioculturales. En cuanto a la política, Burckhardt ni siquiera sale del territorio italiano para encontrar un opuesto a los grandes príncipes renacentistas de la mitad norte peninsular, pues halla en el Reino de Nápoles –como ya apuntábamos antes- una especie de antagonista que ensalza aún más los valores renacentistas. Descrito como feudal, este reino no es mejor tratado por Burckhardt en lo que se refiere a sus gobernantes y, mientras que la figura de

Alfonso aparece con ciertos claroscuros, la de Ferrante es directamente despectiva, ya que le atribuye numerosas prácticas crueles y lo denomina “el más terrible de los príncipes de su época”.^[41] La política exterior también ofrece distintos aspectos característicos de Italia: por una parte, era el único territorio en el que sus habitantes habían llegado realmente a considerar a los turcos como posibles señores; por otra, destacaba su refinado, pragmático y calculado “arte de la persuasión política”^[42] el cual, según nuestro autor, era desconocido por completo al norte de los Alpes. En el terreno de lo cultural, Burckhardt considera a los italianos como la “nación^[43] [...] más espiritual y avanzada del mundo”, ya que la reviviscencia de su “antiguo genio itálico”^[44] se tradujo en creaciones nuevas, en lugar de limitarse a la imitación de lo antiguo. Con tales afirmaciones parecería incluso que la sensibilidad poética fuera una característica genética de los italianos, lo que no deja de entenderse desde el contexto decimonónico en el que Burckhardt escribe. De este modo, considera que las circunstancias socioculturales de Italia favorecían que solo allí fuera posible la creación de la novela pastoril como nuevo género literario. La preeminencia de Italia también se destaca en cuanto a la historiografía vinculada al individualismo y, por ende, a la descripción detallada de personajes históricos. En este sentido, sostiene que la biografía de San Luis realizada por Joinville habría sido un caso aislado, por el hecho de que en la Edad Media no se comprendía el sentido individual del sujeto. También destaca las especiales condiciones de Italia que permitían el estudio en ella de las ciencias naturales, pues considera que la Iglesia era por lo general tolerante cuando la investigación no se vinculaba a la magia o a la herejía y, en comparación con el resto de Europa, defiende que las persecuciones de quienes cuestionaban el orden natural establecido por la Iglesia fueron en Italia menos violentas y el poder de los inquisidores, menos uniforme. Así, aunque las investigaciones “científicas” podían desarrollarse sin encontrar ningún

obstáculo, la atracción de los intelectuales hacia el humanismo hacía disminuir el número de mentes dedicadas a las ciencias naturales. Con todo, según Burckhardt, a finales del siglo XV, los conocimientos italianos en matemáticas y ciencias naturales eran los más desarrollados de Europa. Aunque en lo religioso Burckhardt también enfrenta a italianos y nórdicos, cuya religión continuó siendo “objetiva”, los equipara en las cuestiones de superstición.[45] En definitiva, el impulso cultural renacentista italiano se exportaría más tarde al resto de Europa, que lo asimiló total o parcialmente. Burckhardt considera positiva la desaparición completa de la cultura medieval y argumenta que los nostálgicos de ésta, si la presenciaran, desearían la llegada de la modernidad.[46]

Esta elevada consideración de Italia no se ceñía solo al ámbito cultural y al político, sino que también afectaba al social, por ejemplo, en cuanto a la situación de la mujer, que allí aparentemente era estimada de la misma manera que el hombre. En el momento en que aparecen testimonios contrarios a sus afirmaciones, Burckhardt señala que esto no debe desorientarnos, ya que la formación, la participación intelectual y el desarrollo del individualismo se había dado en la misma medida en el hombre y en la mujer, aunque –como también subraya– en el resto de Europa las mujeres no lograran una alta valoración social hasta los tiempos de la Reforma. La vida italiana aparece como más positiva que la nórdica incluso en aspectos tan concretos como las preferencias de los italianos cultos por la vida en el campo –contrapuestas al norte, donde los intelectuales burgueses copaban las ciudades- o las relaciones matrimoniales. En este último aspecto, Burckhardt, que observa una “tendencia general a juzgar la vida de familia de los italianos de esta época como desorganizada por la gran inmoralidad reinante”, [47] arguye en defensa de estos que la infidelidad matrimonial no era tan devastadora como con el norte, es decir, no rompía por completo la condición social de la mujer, puesto que no

la excluía ni la degradaba en el mismo nivel. Además, atribuye al Renacimiento el “honor” de haber ordenado la vida doméstica, “corrompida” durante la Edad Media por la moral popular dominante y los ideales caballerescos. No obstante, quizá la particularidad italiana a la que más importancia presta Burckhardt sea la *vendetta*, considerada como un deber, al contrario de lo que sucedía en el resto de Europa, donde las gentes “pueden más fácilmente olvidar”. [48] Este comportamiento tenía lugar en todos los lugares y entre todos los grupos sociales, con la única excepción de los eclesiásticos, que intentaban mediar de algún modo, en ocasiones proponiendo juramentos ciertamente desmesurados. Este tipo de venganza enlazaba con el individualismo porque debía ser ingeniosa, buscando la humillación del otro y no solo una compensación de justicia. Por todo ello aparece unida al cálculo frío y pragmático y separada de la pasión, característica que, según Burckhardt, habría obtenido en caso de darse en el norte, donde el individuo estaba menos desarrollado. El europeo no italiano es representado como inferior –o incluso igual, pero nunca superior– al italiano en todas las características renacentistas, pero, sin duda, los españoles son los peor valorados, como hemos visto ya en el caso de los aragoneses, sobre quienes en otro momento sostiene que tenían “su motivación principal en el miedo y la sed de venganza”. [49] También, como comentábamos, son frecuentes las críticas a los Borgia, especialmente a César y a su “diabólica complacencia en el daño”, [50] y no disimula su pesar al reconocer que Pío II favoreció el afianzamiento español en Italia.

De esta manera, la cultura renacentista italiana descrita en esta obra se asemeja a la propia vivencia decimonónica de Burckhardt, que subraya como peculiaridades de aquella, el laicismo, la igualdad social, la tolerancia o el ateísmo. La vinculación de los humanistas italianos con el laicismo es una constante a lo largo de todo el trabajo de Burckhardt, ya sea de manera directa o enfrentando el Renacimiento con el cristianismo “medieval”. Es decir, estas

interpretaciones conectan con el enfrentamiento entre Italia/Renacimiento y Europa/Edad Media, entendidas como realidades contrapuestas en una dialéctica que vertebra la obra. Los humanistas –laicos– parecen sustituir a los eclesiásticos en varios aspectos, como, por ejemplo, en la labor de educar a los hijos de los poderosos o de elaborar los denominados “espejos de príncipes”. Frente a esto tenemos en Castilla el ejemplo del infante don Juan Manuel –laico– y su *Libro de los estados*, una especie de programa formativo para los nobles que data del segundo cuarto del siglo XIV, lo que contradice la visión “italocéntrica” de Burckhardt. Quizá el punto más importante en cuanto a la consideración del laicismo renacentista italiano sea el que concierne al último capítulo de esta obra, titulado significativamente “Crisis general de la fe”. Burckhardt considera evidente e históricamente testificado que una gran parte de los humanistas se caracterizaban por una incredulidad religiosa general y, en concreto, en lo que a la inmortalidad del alma se refería. Los humanistas no creyentes podían vivir en tranquilidad y, además, esta condición les permitía dejar de depender de la “odiada institución eclesiástica”. [51] En un intento de justificar la falta de fuentes con las que comprobar estas afirmaciones, Burckhardt sostiene que, aunque la duda religiosa no aparezca con contundencia en las obras del Renacimiento, “no se crea por ello que haya dejado de existir”. [52] Esta crisis de fe estuvo ligada también, según el autor, a la asimilación de las ideas platónicas y aristotélicas que afectaron al pensamiento de los humanistas. Pese a que Dante parece no encajar en esta consideración, puesto que colocó a estos “grandes paganos” en el limbo de la entrada del infierno, Burckhardt afirma que, al final, “seguramente [les] concedía el paraíso”. [53] Por otra parte, ante esta situación religiosa general aparecen dos tipos de religiosidad muy relacionadas con las críticas a la Iglesia: la del deísmo –que rechaza lo cristiano sin que nada lo sustituya– y la del teísmo –que reconoce la existencia de una divinidad y puede conjugarse con el

cristianismo-. Esta última tenía como uno de sus principales centros de desarrollo la Academia Platónica de Florencia. La visión de este grupo de platónicos, en la que “Dios creó el mundo visible por amor [...] y que seguirá infundiéndole vida y movimiento”, es enfrentada tanto con la concepción medieval de la vida como “valle de lágrimas” como con la interpretación fatalista propia del Renacimiento. Por lo tanto, considera Florencia y, en concreto, su Academia Platónica, como el culmen de la cultura renacentista italiana: Florencia constituía un espíritu superior por encima de otro espíritu elevado, Italia, en el que se enmarcaba.

También el nacionalismo característico del siglo XIX deja su huella en la obra, en la que es frecuente la aparición de conceptos que ya venimos subrayando, como “patria”[54] u “orgullo nacional”. Sin ir más lejos, incluso el último de los apartados dedicados expresamente a la política se titula como “La Italia de los patriotas”. En este,[55] Burckhardt trata los efectos de los acontecimientos políticos sobre “el espíritu de la nación” y defiende la concepción de Dante y Petrarca como los primeros defensores de la “Italia unida” –ideal solo obstaculizado por la presencia del papado, hacia el que, sin embargo, el resto de Italia sentía simpatías también debido al “orgullo nacional”–, al mismo tiempo que menciona la situación de los “nacionalismos” del momento en Francia, la zona germánica y la Monarquía Hispánica. De cualquier modo, sostiene que finalmente este “sentimiento nacional” sería sustituido por una especie de “patriotismo local”, cuya importancia se demuestra también en el capítulo dedicado a las descripciones de poblaciones. El nacionalismo también se vincula al cosmopolitismo en torno a la figura del humanista que carecía de “patria” fija y por ello debía trasladarse constantemente, como en el caso de Dante.

Asimismo, la influencia del siglo XIX en el vocabulario se deja notar en otros términos, como el de “clase” o “proletariado”, que Burckhardt no duda en

usar a lo largo de la obra sin dar ningún tipo de explicaciones. Además, en su idealización del Renacimiento, sostiene que la Italia de los siglos XIV y XV disfrutó de una completa igualdad social, situación en la que el origen familiar y el nacimiento no importaban. Citando a Pico della Mirandola para argumentar su teoría, afirma que las diferencias de cuna y de “clase” ya no eran válidas debido, en parte, al reconocimiento del hombre completo y la humanidad como objetos, además de como conceptos. Según Burckhardt, esta igualdad social también condicionó la recepción de las obras clásicas, ya que incluso los más pobres estuvieron en contacto con la cultura, si bien esto contrasta con la actual consideración del Renacimiento como cultura de élite. Otros ejemplos los encontramos cuando sostiene que la “clase social” originaria del orador que trabajaba en la corte no era relevante o cuando, al tratar el género literario de la biografía, alega que en este se buscaba la personalidad más allá del linaje o de la posición en sociedad. Notablemente significativo en cuanto al uso inapropiado de términos vinculados al materialismo histórico y al liberalismo es el fragmento que exponemos a continuación, referidos a los matices políticos existentes en la Florencia renacentista:

predominio de la nobleza, tiranía, lucha de clases medias con el proletariado, democracia perfecta, semidemocracia y democracia aparente, primacía de una Casa, teocracia (con Savonarola) y aun aquellas formas mixtas que prepararon el despótico principado de los Médici.[56]

El individuo ganaba así para Burckhardt su batalla contra la posición social determinada por la cuna. A pesar de todo esto, las ideas de Burckhardt no dejan de ser aristocráticas, ya que en varias ocasiones se refiere a los grupos populares y a la gente rural casi con desprecio,[57] como si no estuvieran al elevado nivel en el que situaba a los intelectuales y humanistas. Su

preocupación se centra eminentemente en este grupo: cuando se refiere a la igualdad social general, en realidad solo incumbe a aquél.

Por último, sería conveniente destacar algunas de las explicaciones que Burckhardt otorga a la decadencia de Italia, que en varias ocasiones fecha en el saqueo de Roma de 1527. En el caso de Florencia, considera que la “decadencia del tipo de vida más alto [...] constituye y constituirá un objeto de reflexión permanente hasta la consumación de los siglos”,[58] aunque subraya que uno de los motivos fue la política florentina ante las ciudades subyugadas a ella, ante la cual la única solución habría sido la creación de una confederación de las ciudades de la Toscana. La decadencia del tipo de vida italiano del Renacimiento la vincula a la inmoralidad imperante entre los humanistas, mientras que, en resumen, esta crisis moral de la mitad del siglo XVI no parece derivarse de la inmoralidad en las relaciones personales en sí, sino de la situación política o de que el “ciclo creador del Renacimiento había cerrado su rotación”. [59] Sin embargo, frente a esta crisis moral persistió un elevado sentimiento de honor vinculado a la gloria individual que, según Burckhardt, se había mantenido incluso hasta sus días, al igual que la caracterización de los italianos como los “pueblos física y psíquicamente más saludables y vigorosos de Europa”. [60]

4. *La cultura del Renacimiento en Italia un siglo y medio después*

Las tesis contenidas en *La cultura del Renacimiento en Italia* que acabamos de analizar deben ser entendidas en su contexto y en cuanto al pensamiento de Jacob Burckhardt, cuyas líneas generales hemos comentado sintéticamente más arriba. El liberalismo, el nacionalismo y el romanticismo propios del siglo XIX se hacen patentes a lo largo de toda la obra, hasta el punto de que Burckhardt se deja arrastrar por ellos y realiza ciertos anacronismos derivados de una

utilización poco apropiada de términos decimonónicos que ya hemos comentado, como, por ejemplo, “proletariado”. Así, en su ensalzamiento de Italia y de los italianos renacentistas, el autor comete el error de considerarlos como los “padres directos” de su época, lo que le lleva a atribuirles características que en realidad no poseían, ya que pertenecen a la sociedad contemporánea resultante de los procesos de cambio experimentados en el siglo XVIII.

Como heredero directo de la sociedad europea que quebró el *Ancien Régime*, Burckhardt ensalza a los mejores, que no se corresponden por la cuna, sino por su virtuosismo, por sus dotes, su formación y sus capacidades, en una suerte de meritocracia. No olvidemos que, por mucho que Burckhardt fuera conservador y quisiera que el pasado guiara el presente, procedía de una familia burguesa –curiosamente identifica a los humanistas con la burguesía– que, sin lugar a dudas, había resultado beneficiada con la destrucción de la división estamental de la sociedad, en la que el nacimiento determinaba la vida de cada persona. Por otra parte, el énfasis que Burckhardt da al desarrollo del individualismo en el Renacimiento italiano no deja de ser otra reminiscencia liberal, al igual que el laicismo que parece caracterizar a la sociedad y la cultura de la época, derivando en el teísmo y el deísmo en el ámbito religioso. Pese a que, como vimos en su biografía, rechazara el liberalismo, Burckhardt hace hincapié en todos estos aspectos y se opone parcialmente a los despotismos, por lo que podríamos situarlo en un marco de “liberalismo aristocrático”. Asimismo, emplea términos vinculados al materialismo histórico defendido por su contemporáneo, Karl Marx, tales como los mencionados “lucha de clases” o “proletariado”, al mismo tiempo que usa, aparentemente sin distinción, los términos de “clase” y “casta”. [61]

Los términos y reflexiones vinculados al nacionalismo son también constantes a lo largo de toda la obra, lo que nos recuerda al elevado sentido de

basiliense que Burckhardt parecía sentir, hasta el punto de que nunca quiso abandonar su ciudad de forma definitiva, ni siquiera cuando adquirió la suficiente fama como para recibir suculentas ofertas desde universidades extranjeras. Tampoco debemos perder de vista en este aspecto que Burckhardt procedía y se encontraba en una zona de cultura germana. Hemos de recordar que, como oposición al racionalismo neoclásico, a finales del siglo XVIII se produjo el florecimiento de la cultura alemana con el movimiento de *Sturm und Drang* (“Tormenta e Ímpetu”), que convirtió después la zona germánica en el núcleo de la cultura romántica europea durante el siglo XIX. En este punto, encontramos en las reflexiones burckhardtianas sobre el Renacimiento los mismos temas que caracterizaron al Romanticismo decimonónico: exaltación del sentimiento y del individuo,[62] relevancia de la naturaleza y el paisaje, nacionalismo y esteticismo, todos ellos aspectos que aparecen destacados en la obra de Burckhardt, que sería uno más de tantos alemanes o europeos del norte, en general, que se interesaron por lo Italiano y lo clásico durante el Romanticismo, como Schliemann, Winckelmann o Stendhal, con su obra *La Cartuja de Parma*. Por otra parte, en los años en los que se estuvo elaborando *La cultura del Renacimiento en Italia*, los Estados alemanes que históricamente habían venido perteneciendo al Sacro Imperio Romano Germánico estaban constituidos en la Confederación Germánica, creada en el Congreso de Viena de 1815, que fue uno de los antecedentes de la definitiva unificación lograda en 1871 con el Imperio alemán. Al mismo tiempo, en Italia también se estaban desarrollando procesos de unificación, por lo que no podemos considerar casual la importancia que Burckhardt concede al nacionalismo en el empleo de vocabulario relacionado con él. La posible vinculación en este punto de Alemania e Italia encuentra un cierto paralelismo en el Renacimiento con motivo de la Reforma luterana. Como hemos comentado ya, Burckhardt consideraba que, de no haber sido por la Contrarreforma y la nefasta influencia

española, Italia habría llegado a resultados similares a los luteranos en cuestiones de religión, argumentando que, en cuanto las nuevas tesis llegaron a la Península Itálica, fueron acogidas con entusiasmo por numerosos intelectuales que criticaban a la Iglesia como institución y que no compartían algunos de sus dogmas. La imagen global que se presenta sobre la Italia del Renacimiento difícilmente podría ser más positiva, ya que incluso aparece como adalid de la tolerancia.

De esta manera, podemos concluir que el Renacimiento de Burckhardt queda definido por una yuxtaposición de individualismo, laicismo, igualdad social, influencia de la Antigüedad y espíritu nacional que afectaba a todos los órdenes de la vida, incluyendo los tres que sirven de base para dividir temáticamente la obra, el Estado, la religión y la cultura. Lo italiano y renacentista se opone en todos estos sentidos a lo europeo y medieval, que, para Burckhardt, siempre se caracteriza por los aspectos contrarios, en un análisis repleto de dualidades contrapuestas, tesis y antítesis que nos recuerdan a Hegel. En resumen, su concepción del Renacimiento es exclusiva y solo atañe a la Italia de los siglos XIV al XVI. La obra de Burckhardt en este sentido hoy está ampliamente superada, pues sabemos con seguridad que la cultura clásica no “renació”, en tanto en cuanto nunca se había perdido, si bien ya Huizinga a principios del siglo XX criticó la estricta separación que Burckhardt hizo entre Edad Media y Renacimiento en algunos aspectos.[63] Totalmente opuesta a la preeminencia de Italia –la cual suele considerar siempre como “patria” de uno u otro aspecto moderno- en general y de Florencia en particular en lo que al Renacimiento se refiere, aparece la consideración burckhardtiana sobre los españoles, que ya hemos analizado anteriormente y estas ideas tan negativas probablemente contribuyeron a reforzar la leyenda negra en torno al atraso cultural y científico de la Monarquía Hispánica durante la Edad Moderna.

Por otra parte, en relación a la dialéctica de la historia y a la influencia de lo clásico en el Renacimiento, cabe hacernos algunas preguntas. ¿Considera Burckhardt una continuidad entre la Antigüedad y el Renacimiento, rota solo por la Edad Media? O, por el contrario, ¿ve ambos periodos como entes diferentes? En parte podemos contestar a esta pregunta cada vez que se refiere a la “predestinación” del pueblo italiano para protagonizar el “renacimiento” de lo clásico, así como para desarrollar el individualismo en el sentido moderno del término.[64] Aquí hemos de mencionar que Burckhardt reivindica el Renacimiento como una época,[65] al contrario que interpretaciones más actuales, que se refieren a él como movimiento cultural.[66]

Retomando el debate sobre la influencia de Hegel, aunque al comienzo hemos señalado ya que Burckhardt rechazaba en teoría una historia teleológica, hace referencia en varias ocasiones a “necesidades históricas”, como el caso de la Reforma, que ocurrieron así, porque no podía ser de otra manera, lo que, a su vez, entra en conexión con el fatalismo del que se creía apartado desde su viaje a Italia. También hemos visto que Burckhardt rechazaba la idea progresista de la historia, pero es evidente que considera un progreso desde la Edad Media hasta el Renacimiento, por lo que no podemos dejar de ver en esta obra una creencia optimista en aquél, en tanto que considera el Renacimiento como la superación del primitivismo medieval y el origen de su propia época contemporánea.

Las fuentes más utilizadas en *La cultura del Renacimiento en Italia* son obras literarias, aunque frecuentemente también se refiere al *Archivio Storico Italiano*. Su método parece fundamentalmente basado en la intuición y la deducción, lo que le acerca al platonismo, ya que, en base a sus propios prejuicios, hace generalizaciones que después apoya –cuando le es posible, puesto que otras veces reconoce la ausencia de fuentes para justificar sus

hipótesis- en datos o incluso anécdotas. Sin embargo, él mismo es consciente de sus propias limitaciones, como señala alguna vez:

Estas noticias dispersas sobre la participación de los italianos en las ciencias naturales (...) servirán para demostrar hasta qué punto es consciente el autor de las lagunas que se observan.[67]

Para argumentar algunas de sus ideas, Burckhardt se basa en las vidas de varios príncipes o humanistas italianos, a quienes no tiene ningún reparo en juzgar. Así, refuerza el prototipo de príncipe renacentista como un soldado guiado por el honor y preocupado por la cultura, como en el caso de Federico de Urbino, pero al mismo tiempo, critica a otros gobernantes y sus actuaciones. Por lo tanto, aunque confronta las repúblicas o ciudades-Estado con las tiranías, la existencia de uno u otro sistema de gobierno no parece por lo general afectar mucho al desarrollo del Renacimiento en el norte de Italia.

Como señala Gombrich, algunos autores han criticado a Burckhardt por no dedicar análisis pormenorizados a la filosofía, las artes plásticas o la economía –esto se puede entender por la consideración de Burckhardt en torno a los tres pilares de Estado, religión y cultura- del Renacimiento.[68] Dichas críticas a Burckhardt sobre la ausencia de un capítulo sobre economía en esta obra nos llevan a plantearnos el significado actual de “cultura” para comprender qué categorías constituirían ese término en los esquemas mentales vigentes. En el diccionario de la RAE[69] se recoge esta definición en la tercera acepción del término: “Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc.” Mientras que, algo más específicamente, en el *Diccionario de uso del español* de María Moliner[70] se indica lo siguiente:

Se ha propuesto, sin que haya llegado a cuajar la idea, una distinción entre "cultura" y "civilización", aplicando la primera palabra al grado de perfeccionamiento social o de las relaciones humanas y reservando la segunda para el progreso científico y material.

Así pues, si nos acogiéramos a esta diferenciación, la ausencia de cuestiones económicas más allá de las breves menciones existentes en la primera parte de la obra no supondría una verdadera objeción que hacer a Burckhardt y habría sido prescindible el capítulo que sí dedica a las ciencias naturales. Sin embargo, tal distinción no es posible, pues en la misma obra se emplean indistintamente ambos términos y, de hecho, en la traducción del título al inglés y al francés se utilizaron las palabras *Civilization* y *Civilisation*, respectivamente. Por otra parte, abundando en las diferencias entre Burckhardt y el resto de autores de su época, Ute Daniel argumenta que la concepción de cultura del basiliense tenía un sentido sincrónico y era más amplia de lo habitual, agrupando todas las condiciones de la vida humana.[71] Quizá desde este punto de vista sí hubieran podido considerarse ciertas cuestiones de carácter económico, pero, por otra parte, la ausencia de estas puede explicarse si tenemos en cuenta que el contenido de las partes de *La cultura del Renacimiento en Italia* propiamente consagradas a la cultura se ciñe en su práctica totalidad al arte, la literatura y la sociabilidad, mientras que el apartado sobre ciencias naturales ocupa un espacio relativamente pequeño. No obstante, la concepción burckhardtiana de la historia de la cultura y de la cultura misma no se impuso hasta finales del siglo XIX, cuando empezaron a ser discutidos los métodos empleados en historia. Tres de los defensores de este nuevo tipo de historia, que se contraponía a la vertiente política, fueron Gothein, Breysig y Lamprecht, duramente criticados en su momento por continuar los planteamientos de Burckhardt.[72] Por otra parte, si bien muchos autores han destacado la

aportación de Burckhardt al crear el concepto de Renacimiento como periodo, parece que este término ya había consagrado por Jules Michelet en 1855.[73]

En definitiva, Burckhardt constituye un ejemplo de cómo cualquier historiador está irremediablemente condicionado por su entorno y por la cultura en la que le ha tocado vivir, de la cual debe alejarse todo lo posible para tomar perspectiva con respecto al momento histórico que analiza y evitar así la excesiva dependencia de sus prejuicios. La fuerza de su interpretación del Renacimiento es de tal magnitud que incluso hoy sigue condicionando nuestra percepción del mismo, imponiéndose sobre otros “renacimientos” como el carolingio o el que el Occidente latino experimentó durante el siglo XII.[74] Su marcado subjetivismo motivó que, como hemos dicho ya, las críticas vertidas hacia él vinieran fundamentalmente desde los historiadores positivistas quienes, obsesionados con los datos, confundían la información con los hechos. Tanto aquí como en la reivindicación de un nuevo concepto de Renacimiento y de historia, la *historia cultural*, encontramos nosotros la verdadera grandeza de Burckhardt, que supo agregar su personalidad a sus obras: dio alas a su propia voz, en lugar de camuflarla y dejarse devorar por la historia. Es cierto que al leer la obra que aquí analizamos hay que tener muy presentes ciertas consideraciones previas acerca de sus limitaciones, pero estos aspectos negativos no pueden siquiera ensombrecer la maestría y la consistencia de la narración de Burckhardt, enriquecida con anécdotas, detalles y actitudes personales que nos transportan a esos momentos de transición entre la Edad Media y la Edad Moderna. Si bien es subjetiva, esta obra no deja de ser una gran aportación en cuanto la consideramos desde una perspectiva global, como un todo. Podemos aplicarle a él su propia reflexión sobre Maquiavelo –“aunque contra cada renglón de las *Storie Fiorentine* pudiéramos objetar algo, quedaría incólume como totalidad su alto valor”[75]– y, en consecuencia, empleando

también sus mismas palabras, considerar *La cultura del Renacimiento en Italia* “como obra de arte”.

* Nuria Corral Sánchez es Estudiante de Licenciatura en Historia de la Universidad de Salamanca, España.

-
- [1] Peter Burke, *¿Qué es la historia cultural?*, Paidós, Barcelona, 2006, p. 21
- [2] *Ibídem*, p. 20
- [3] Jesús Gómez, *El diálogo renacentista*, Laberinto, Madrid, 2000, p. 166
- [4] Jacob Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Edaf, Madrid, 2004
- [5] A continuación hacemos un breve repaso de la vida y pensamiento de Burckhardt a partir del prólogo de Fernando Jesús Bouza Álvarez, en Jacob Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Akal, Madrid, 2004, pp. 7-30. Sin embargo, cuando nos refiramos al texto propiamente de Burckhardt siempre utilizaremos la edición de Edaf anteriormente mencionada.
- [6] *Ibídem*, p. 16
- [7] Sin embargo, el alejamiento de la teleología fue más para Burckhardt un deseo que una realidad completa, puesto que, como matizaremos más adelante, en su obra realiza ciertas afirmaciones que contradicen esto.
- [8] Ernst Gombrich, *Tras la historia cultural*, Ariel, Barcelona, 1977, pp. 25-38
- [9] Xavier Barral i Altet, “Jacob Burckhardt”, en *Diccionario Akal de Ciencias Históricas*, Akal, Madrid, 1991, p. 91
- [10] Peter Burke, *op. cit.*, p. 21
- [11] Ute Daniel, *Compendio de historia cultural*, Alianza, Madrid, 2005, pp. 190-191

[12] *Ibídem*

[13] José Luis Villacañas Berlanga "Fichte y la transfiguración carismática de la razón ilustrada", en José Luis Villacañas Berlanga (ed.), *La filosofía del siglo XIX*, Trotta, Madrid, 2001, pp. 32-33

[14] Jacob Burckhardt, *op. cit.*, pp. 105-107

[15] *Ibídem*, pp. 106-108

[16] *Ibídem*, p. 114

[17] *Ibídem*, pp. 116-120

[18] *Ibídem*, p. 27

[19] *Ibídem*, p. 11

[20] *Ibídem*, p. 173

[21] *Ibídem*, pp. 40-41

[22] *Ibídem*, pp. 81-83

[23] *Ibídem*, p. 93

[24] Aunque Burckhardt se refiere a ellas prácticamente en estos términos, hoy entre los arqueólogos no se acepta esta denominación, sino que se considera que se trataba de simples zanjas lejanas al concepto de "excavación arqueológica".

[25] Tom Flynn, *El cuerpo en la escultura*, Akal, Madrid, 2002, p. 73

[26] Jacob Burckhardt, *op. cit.*, pp. 155

[27] *Ibídem*, pp. 158. Burckhardt culpa de esto a los propios humanistas por no haber constituido un grupo cohesionado ante un contexto de violencia general y por haber hastiado a la gente con sus obscenidades y burlas. Tras ser acusados de ateos en el siglo XVI debido a la Contrarreforma, los humanistas perdieron habitualmente la dirección de las academias que regían en algunas ciudades y las gentes contrarias a ellos pasaron a criticar los "estudios paganos" y a favorecer la dedicación a "cosas cristianas", en *Ibídem*, pp. 209-218. Al mismo tiempo que se producía el descrédito de los humanistas, éstos también

experimentaron un desengaño a partir del saqueo de Roma, que habría supuesto un punto de inflexión en esta centuria, al dejar en sus propias mentes solo imágenes y pensamientos de destrucción y empobrecimiento.

[28] *Ibídem*, pp. 15-17, 50-51

[29] *Ibídem*, pp. 190-196

[30] *Ibídem*, p. 190

[31] *Ibídem*, p. 260

[32] *Ibídem*, p. 219

[33] *Ibídem*, p. 332

[34] *Ibídem*, pp. 340-341

[35] *Ibídem*, p. 353

[36] *Ibídem*, p. 355

[37] *Ibídem*, pp. 369-371

[38] *Ibídem*, pp. 397, 402-403

[39] *Ibídem*, p. 405

[40] Trevor H. Ashton, Charles H. E. Philips (eds.), *El debate Brenner: estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Crítica, Barcelona, 1988

[41] *Ibídem*, pp. 33-34

[42] *Ibídem*, pp. 80

[43] Más adelante nos referiremos al uso de términos como éste o “clase” a lo largo de la obra.

[44] *Ibídem*, pp. 196-197

[45] *Ibídem*, pp. 408-417

[46] *Ibídem*, p. 136

[47] *Ibídem*, pp. 309, 342

[48] *Ibídem*, p. 336

[49] *Ibídem*, p. 352

[50] *Ibídem*, p. 352

[51] *Ibídem*, p. 424

[52] *Ibídem*, p. 427

[53] *Ibídem*, p. 429

[54] Por ejemplo, Burckhardt afirma que la buena política de Francesco de Gonzaga en Mantua se debía a que “se sentía patriota italiano”. *Ibídem*, pp. 39-40.

[55] *Ibídem*, pp. 103-104

[56] *Ibídem*, p. 68. La referencia a la “lucha de clases” entre los grupos medios y los trabajadores e incluso la denominación de éstos como “proletariado” suponen una clara influencia de la terminología materialista y, por otra parte, la huella del liberalismo es especialmente evidente con la utilización variada del concepto de “democracia”.

[57] Véase, como ejemplo, *Ibídem*, p. 374

[58] *Ibídem*, p. 69

[59] *Ibídem*, pp. 332-335

[60] *Ibídem*, pp. 341

[61] Por ejemplo, *Ibídem*, pp. 44, 68, 277

[62] El individualismo del hombre moderno encuentra precisamente su mejor ejemplo en *Fausto* de Goethe.

[63] Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, Alianza, Madrid, 1982, p. 97

[65] “El mundo antiguo, cuyo “renacimiento” ha dado nombre, con parcialidad evidente, a toda esta época”. En *Ibídem*, p. 135.

[66] Peter Burke, *El Renacimiento europeo*, Crítica, Barcelona, 2000, p. 11

[67] Jacob Burckhardt, op. cit., p., p. 28

[68] Ernst Gombrich, op. cit., p. 29

[69] 22ª edición, 2001. “Cultura”, en *Real Academia Española* [en línea]. Disponible en: <http://lema.rae.es/drae/?val=cultura> [último acceso: 30 de abril de 2014].

[70] María Moliner, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 1998 (2ª edición).

[71] Ute Daniel, *op. cit.*, p.194

[72] *Ibídem*, p.196

[73] Eusebi Colomer, *Movimientos de renovación. Humanismo y Renacimiento*, Akal, Madrid, 1997, p. 6

[74] Charles Homer Haskins, *El Renacimiento del siglo XII*, Arco de los Libros, Barcelona, 2013

[75] Jacob Burckhardt, *op. cit.*, p. 69

Para citar este artículo:

Corral Sánchez, Nuria, “La Cultura del Renacimiento en Italia un siglo y medio después: reflexiones en torno a una obra clásica”, *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, ISSN 0718-7246, vol. 7, Santiago, 2014, pp.136-171